

LOS DICHOS DE LOS PADRES

Colección alfabética de los Apotegmas

Volumen I

Traducción del P. Martín Elizalde
O.S.B.

Serie
Los Santos Padres
Nº 11

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44
41003 - Sevilla

ORIGENES
CRISTIANOS



INTRODUCCION

DEL EVANGELIO A LA TRADICION DE LA IGLESIA

Los hombres y mujeres que recibieron las enseñanzas de Jesús y de sus primeros discípulos constituyen la Iglesia, la sociedad de los que creen que su maestro es el Hijo de Dios y viven de la gracia recibida por la efusión del Espíritu Santo para gloria del Padre. La doctrina evangélica surgió muy pronto respuestas comunitarias y personales a la llamada de la fe, y un primer ejemplo lo tenemos en la comunidad de Jerusalén. Leemos en los Hechos de los Apóstoles que los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma, y que todo era común entre ellos (Hech. 2, 44; 4, 32). Siempre se conservó la nostalgia de este cuadro que las sucesivas generaciones idealizaron doblemente: por ser tan cercano a la persona misma del Salvador, y por la calidad espiritual y humana de sus características. Es así que se atribuyó a decadencia el que no se conservase tal forma de vida; como si el aumento del número de fieles y las seguridades alcanzadas en el Imperio después de Constantino, hubieran debilitado el fervor primero. No es de extrañar entonces, que un conocido autor monástico del siglo V, Juan Casiano, haga derivar a los primeros monjes de esas comunidades ejemplares, que sobrevivieron a las persecuciones y, lo que es significativo, a la instalación en una situación más cómoda. Como quiera que sea de la autenticidad histórica de esta leyenda, hay una evidente intención teológica en la misma, y que es fundamentalmente válida: el evangelio propone una vida abierta a la imitación de Cristo, a las inspiraciones de la gracia, a la búsqueda incesante del Reino de Dios. Las condiciones de ella pueden variar; lo que no admite dudas es la necesidad de una respuesta generosa y dedicada.

A partir de los evangelios y los escritos apostólicos, la tradición de la Iglesia ha reconocido el valor de lo que han dejado aquellos autores, que intentaron aplicar a las diferentes situaciones las enseñanzas centrales de nuestra fe. Las obras de los Padres de la Iglesia, los que en los primeros siglos de la Iglesia escribieron con su autoridad de obispos y doctores, y cuyos escritos fueron reconocidos como ortodoxos y útiles para los creyentes, tratan de estos diversos aspectos. Es así como defienden apologeticamente

mente a la Iglesia de las acusaciones de sus enemigos, buscan atraer a los incrédulos al conocimiento de Dios, presentan las doctrinas de la Iglesia, forman en las diferentes vocaciones y estados, enseñan a orar, alimentan la vida interior, indican la manera de conducirse cristianamente en el mundo. Una buena parte de la literatura patristica es de origen o de objeto monástico: propone una particular vocación en la Iglesia, que es el seguimiento de Cristo en la soledad, la oración, la mortificación y el trabajo. Son las reglas de vida, como las de Basilio y Pacomio, en Oriente, de Benito, en Occidente, y las exhortaciones y exposiciones destinadas a formar y orientar a los que siguen esa llamada, así como los relatos, historias y biografías que servían de aliciente. Pero esta literatura, fundada en el evangelio, no sólo se dirige a los hombres y mujeres que profesan tal estado, sino que, en todos los tiempos, los que viven en el mundo se han ayudado de sus ejemplos y enseñanzas, y los han adaptado a su propia vocación.

LOS ORIGENES MONASTICOS

Si bien la descripción ideal que hace Casiano del origen apostólico de los monasterios no es históricamente exacto, es cierto que los primeros ejemplos de vida monástica se dan en Egipto y Palestina. La tradición llama a san Antonio el "Padre de los monjes", y su vida escrita por Atanasio de Alejandría tuvo vasta difusión. En los años que precedieron a la paz constantiniana (311) ya se estaba gestando el éxodo de los desiertos egipcios, que marcó el comienzo del monacato como estado eclesial. Anteriormente, hubo vírgenes y ascetas que vivían privadamente su consagración a Dios. Después, se encuentran multitudes de solitarios —valga la paradoja— y comunidades de monjes que transformaron el desierto, de lugar horrendo, poblado por demonios, según la concepción popular, en un sitio elegido, digno de los ángeles, en el que resuenan las alabanzas divinas y se practican todas las virtudes. El cuadro es tal vez demasiado idí-

lico para ser exacto. Pero ya a fines del siglo III hay testimonios de hombres que se retiraban a la soledad para llevar una vida de oración y penitencia, y en el primer tercio del siglo IV ese movimiento era lo bastante grande como para atraer, en los años posteriores, la atención del orbe cristiano sobre los desiertos de Egipto.

En esta tierra de elección de los monjes existían varios centros. En primer lugar, en una relativa proximidad a Alejandría, en el desierto de Libia, hacia el sud oeste, se encontraba Nitria, con su dependencia de las Celdas (Kellia), y más lejos, Escete. Remontando el curso del Nilo, hacia el sur, Pacomio († 346) estableció sus comunidades rígidamente cenobíticas. Había también otras localidades que atraían a quienes buscaban esa vida, y que aparecen en la literatura de la época: la zona que va desde el Nilo hasta el Mar Rojo, la costa mediterránea, desde Alejandría hasta Gaza, la península del Sinaí. También Palestina, con sus desiertos ásperos y la vecindad de los Santos Lugares, atrajo a numerosos monjes.

- Pero limitemos nuestra atención a aquellos lugares donde nacieron con toda seguridad los Apotegmas. Nitria debe su origen a un monje llamado Amún, antiguo propietario rural, quien, después de vivir en matrimonio, pero sin consumarlo, se retiró a ese sitio hacia el año 320. El desarrollo de Nitria fue extraordinario, tanto que hubo que procurar a los hermanos un ámbito más solitario, cuando deseaban retirarse. Así surgió Kellia, las Celdas, según la inspiración dada por el mismo Antonio (34), distante a medio día de marcha de las aglomeraciones monásticas de Nitria (unos dieciocho o veinte kilómetros). Nitria y las Celdas tenían varios miles de habitantes: los viajeros discrepan en las cantidades, pero pueden haber llegado a abrigar hasta diez mil hombres. Separado de Nitria por un desierto difícil de atravesar —a unos sesenta y cinco kilómetros— se encuentra Escete. El acceso más común era navegando por un brazo del Nilo, que se interna en esa zona rica en natrón. Escete reconoce como su padre e iniciador a Macario, rudo campesino, que eligió ese lugar para retirarse.

Conocemos bastantes datos acerca de la vida en estos centros monásticos por los relatos de los viajeros: Paladio, el autor de la Historia Lau-

siaca, el anónimo que escribió la Historia de los monjes de Egipto, Jerónimo, Juan Casiano. A ellos llegaban como visitantes para edificarse y regresar luego a su tierra, donde eran más adelante propagandistas de ese género de vida, y también para abrazar allí la vida monástica en tan exigentes condiciones, como lo hicieron Arsenio, noble patricio romano, y Evagrio Pónico. A estos lugares ciertamente llegaban los ecos del mundo: las divisiones eclesiásticas, las disputas de los jerarcas, la fama de santidad de algunos pastores así como los defectos de otros, las doctrinas teológicas, y al fin, también las invasiones bárbaras. Las Celdas, por ejemplo, ofrecía una mayor acogida a la escuela origenista, mientras que en Escete se desconfiaba de ella. Los monjes eran partícipes activos en la vida de la Iglesia: hubo obispos salidos de entre sus filas, y recibieron la influencia de las corrientes doctrinales de su tiempo, así como ellos influyeron en la teología, la espiritualidad, la liturgia, el arte, cuando no intervinieron directamente en los sucesos. Estas "ciudades" monásticas tenían una organización muy libre, englobando ermitaños, cenobitas y agrupaciones semianacoréticas. Pero existía en cada "desierto" una forma de autoridad organizada; en Escete, por ejemplo, había cuatro iglesias, cada una con su presbítero, y en Nitria, gobernaba un "colegio". La edad de oro se extendió durante unos cien años apenas —desde el 320/330 hasta la invasión bárbara del 434—, pero ya a principios del siglo la represión antiorigenista de Teófilo de Alejandría había decimado Nitria y las Celdas. Con varia fortuna subsistieron algunos núcleos hasta la llegada de los árabes y la islamización de Egipto, y hasta nuestros días solamente han sobrevivido los cuatro monasterios de Wadi n'Natrun, los sucesores de los antiguos monjes de Escete, cuyo sitio ocupan.

LOS DICHOS DE LOS PADRES DEL DESIERTO

Es justamente en Escete donde se puede situar el origen de la mayor parte de los Apotegmas. Son estos dichos, sentencias, relatos breves, sobre

palabras y acciones de los Padres del desierto, cuyo núcleo original data de los siglos IV y V. La formación de las colecciones existentes de Dichos es todavía un misterio. Se conservan en dos formas principales: la alfabético-anónima y la sistemática. La primera coloca primero todas las piezas atribuidas a Padres nombrados, según el orden del alfabeto griego, y a continuación siguen los anónimos; la segunda se llama sistemática porque agrupa las piezas en veintiún capítulos, y dentro de cada uno de ellos sigue el orden alfabético, colocando al final las piezas anónimas. La materia de ambas colecciones es sustancialmente la misma, pero no puede decidirse todavía cuál de las dos es prioritaria. Existen además pequeñas colecciones cuya relación entre sí no ha sido aclarada.

El origen de las colecciones se encuentra seguramente en recopilaciones de Dichos atribuidos a un Padre, o varios, como las que se encuentran en la Historia eclesiástica de Sócrates y en las obras de Evagrio, Casiano e Isaías de Gaza. En todo caso, esas palabras y relatos fueron reuniéndose desde muy pronto en las colecciones mayores, pues ya en el siglo VI se encuentra la traducción latina de la serie sistemática, y hay versiones a las demás lenguas de la cristiandad: siríaco, armenio, copto, georgiano, etíope, árabe, etc.

No existe una doctrina común en tan vasta colección, ni tal es su objetivo. Procedente de medios y épocas diversas, tiene sin embargo características comunes, especialmente el método y la actitud fundamental. En primer lugar la búsqueda de la voluntad de Dios, a través de una respuesta de un Padre respetado, a la pregunta: "Padre, dime una palabra". Ello compromete a aceptar con obediencia lo que se reciba como enseñanza.

En segundo lugar, el monje abrazará una vida austera, de oración y de trabajo, solo o con otros discípulos, en una escala que puede variar en rigor y exigencia, pero que tiene siempre como fin purificar el alma y liberarla para abrirse a Dios. Hubo, sin duda, excesos y hasta contaminación de las doctrinas heréticas de maniqueos y dualistas, en algunos casos, pero esto es excepcional. Asombra el buen sentido, la normalidad cristiana, el optimismo antropológico, la visión de fe, de estos hombres experi-

mentados, verdaderos maestros del espíritu. El fin, que es el amor, se realiza en la hesiquía, la calma, el reposo espiritual.

Para el lector de hoy estas sentencias de los Padres del Desierto son, más allá de la sorpresa y la admiración, una fuente válida de enseñanza. Hablan del radicalismo del evangelio, de la seriedad con que debe asumirse el seguimiento de Cristo, de las cautelas en el discernimiento espiritual. De las palabras del evangelio a la doctrina del desierto, observamos la continuidad exigente: quien no toma la cruz para seguir a Cristo, no puede ser su discípulo.

MARTIN DE ELIZALDE, osb

NOTA SOBRE LA NUMERACION DE LAS PIEZAS DE ESTA COLECCION

Tradicionalmente, las piezas de la colección alfabética se designaban con el nombre del Padre y el número de orden, por ejemplo: Antonio, 1; Arsenio, 8. Pero recientemente Dom L. Regnault, en su traducción francesa de los Dichos ("Les sentences des Pères du Désert", cuatro volúmenes, Solesmes, 1966-1981) dio a las piezas una numeración continua, que comienza con la serie alfabética. En nuestra versión castellana hemos seguido esta última.

Los apotegmas suplementarios —editados por J.-Cl. Guy, que no se hallan en el texto griego de Migne, vol. 65—, han sido agregados a continuación del Padre al que pertenecen, y para no alterar la numeración de Solesmes, se ha seguido con la del apotegma anterior, con el agregado de una letra, y entre paréntesis, se da el número de orden según Regnault (que los agrupó al final de toda la serie), por ejemplo: Pastor, 761 A, B, C, etc. y también (967, 968, 969...).

* * *

Esta traducción se publicó por primera vez en forma completa en la revista trimestral CUADERNOS MONASTICOS, auspiciada por la Conferencia de Comunidades Monásticas del Cono Sur (Abadía de Santa Escolástica, Victoria, Bs. As. - Monasterio Gozo de María, San Antonio de Arredondo, Córdoba, 1975-1982). La preparación para la presente edición fue hecha por el padre Mauro MATTHEI, osb, a quien expreso aquí mi agradecimiento.

M. E.

PROLOGO AL LIBRO DE LOS SANTOS ANCIANOS

Se encuentran transcritas en este libro la ascesis virtuosa y la vida admirable, así como las palabras de los santos y bienaventurados Padres, para estimular el empeño, la formación y la imitación de aquellos que desean llevar una vida celestial y marchar por el camino que conduce al reino de los cielos. Pues hay que saber que los Santos Padres, que fueron animadores y maestros de esta vida bienaventurada de los monjes, abrasados por el amor divino y celestial y teniendo por nada todo aquello que, para los hombres, es bello y honroso, se aplicaron a no hacer nada por ostentación. Recorrieron el camino de Dios permaneciendo escondidos y ocultando, por un exceso de humildad, sus buenas obras. Por eso es que nadie ha podido describirnos exactamente su vida virtuosa. Los que han dedicado su esfuerzo a este tema se limitaron a poner por escrito algunas de sus hermosas palabras y obras, no para agradar a ellos mismos, por cierto, sino con el propósito de estimular el celo de los que vendrían después. Muchos fueron los que, en diversas épocas, han puesto en forma de relatos, con un estilo simple y sin artificios, las palabras y obras de los santos ancianos, no teniendo más que un solo objetivo: el provecho de muchos.

Pero como la narración hecha por muchos resulta confusa y desordenada y crea una dificultad para el lector, que no puede guardar en su memoria lo que está disperso en el libro, hemos llegado a la presentación por orden alfabético. Esta facilita a quienes desean sacar provecho del libro una comprensión más clara y a su alcance. Así pues, lo que se refiere a Antonio, Arsenio, Agatón y a todos aquellos cuyo nombre comienza con alfa, se encuentra en el capítulo Alfa; luego, lo que se trata de Basilio el Grande, Besarión, Benjamín, en el capítulo Beta y continúa así hasta la letra Omega.

Habiendo buscado y examinado muchos libros, colocamos al final de los capítulos todo lo que encontramos, para que, recibiendo de todo ello provecho para el alma y regalándonos con las palabras de los Padres, más dulces que la miel, vivamos conforme a la vocación que hemos recibido del Señor y así alcancemos su reino. Amén.

LETRA ALFA

ABBA ANTONIO

Según la tradición recogida y propagada por la vida escrita por san Atanasio, Antonio es el primer monje. Vivió entre los años 251 y 356 y conoció todavía las persecuciones a los cristianos, así como las luchas promovidas por los herejes arrianos. Si no es el primer monje, con precedencia absoluta, es ciertamente el padre y modelo de cuantos vendrán después de él. El apotegma número 10 es un extracto de la "Vida de san Antonio"; los números 8, 9 y 22 provienen de las "Cartas de Antonio".

1. El santo abba Antonio, mientras vivía en el desierto, cayó en la acedia y se oscurecieron sus pensamientos. Dijo a Dios: "Señor, quiero salvar mi alma, pero los pensamientos no me dejan. ¿Qué he de hacer en mi aflicción? ¿Cómo me salvaré?". Poco después, cuando se levantaba para irse, vio Antonio a un hombre como él, trabajando sentado, que se levantaba de su trabajo para orar, y sentábase de nuevo para trenzar una cuerda, y se alzaba para orar, y era un ángel del Señor, enviado para corregir y consolar a Antonio. Y oyó al ángel que le decía: "Haz esto y serás salvo". Al oír estas palabras sintió mucha alegría y fuerza, y obrando de esa manera se salvó.

2. El mismo abba Antonio, investigando la profundidad de los juicios de Dios, rogó diciendo: "Señor, ¿por qué mueren algunos tras una vida corta y otros llegan a la extrema vejez? ¿Por qué algunos son pobres y otros ricos? ¿Por qué los injustos se enriquecen y los justos pasan necesidad?". Entonces vino hasta él una voz que le respondió: "Antonio, ocúpate de ti mismo, pues eso es el juicio de Dios, y nada te aprovecha el saberlo".

3. Uno interrogó a abba Antonio, diciendo: "¿Qué debo observar para agradar a Dios?". El anciano le respondió diciendo: "Gua-

da esto que te mando: adondequiera que vayas, lleva a Dios ante tus ojos; y cualquier cosa que hagas, toma un testimonio de las Sagradas Escrituras; y cualquiera sea el lugar que habitas no lo abandones prontamente. Observa estas tres cosas y te salvarás”.

4. Dijo abba Antonio a abba Pastor: “Este es el gran esfuerzo del hombre: poner su culpa ante Dios, y estar preparado para la tentación hasta el último suspiro”.

5. Dijo el mismo: “El que no ha sido tentado no puede entrar en el reino de los cielos. En efecto, suprime las tentaciones —dijo— y nadie se salvará”.

6. Preguntó abba Pambo a abba Antonio: “¿Qué debo hacer?”. Le respondió el anciano: “No confíes en tu justicia, ni te preocupes por las cosas del pasado, y contiene tu lengua y tu vientre”.

7. Dijo abba Antonio: “Vi todas las trampas del enemigo extendidas sobre la tierra y dije gimiendo: ¿quién podrá pasar por ellas? Y oí una voz que me respondía: la humildad”.

8. Dijo también: “Algunos hay que afligieron sus cuerpos con la ascesis, y porque les faltó discernimiento, se alejaron de Dios”.

9. Dijo también: “La vida y la muerte dependen del prójimo. Pues si ganamos al hermano, ganamos a Dios, y si escandalizamos al hermano, pecamos contra Cristo”.

10. Dijo también: “Como los peces mueren si permanecen mucho tiempo fuera del agua, de la misma manera los monjes que se demoran fuera de la celda o se entretienen con seculares, se relaja la intensidad de su tranquilidad interior (*hesiquía*). Es necesario que, como los peces del mar, nos apresuremos nosotros a ir a nuestra celda, para evitar que, por demorarnos en el exterior, olvidemos la custodia interior”.

11. Dijo también: “El que permanece en la *hesiquía* en el desierto, se ve libre de tres combates: del oído, de la palabra y de la vista. Tiene sólo uno: el de la fornicación”.

12. Unos hermanos fueron adonde estaba abba Antonio, para comunicarle las visiones que tenían, y para aprender de él si eran verdaderas o procedían de los demonios. Tenían un asno, que había muerto en el camino.

Cuando llegaron a la presencia del anciano, anticipándose, éste les dijo: “¿Por qué murió el pequeño asno en el camino?”. Le dijeron: “¿Cómo lo sabes, abba?”. Les respondió: “Me lo mostraron los demonios”. Le dijeron: “Por eso veníamos nosotros a preguntar, pues vemos visiones y muchas de ellas son veraces, y no queremos equivocarnos”. Los convenció el anciano con el ejemplo del asno, que esas visiones procedían de los demonios.

13. Un hombre que estaba cazando animales salvajes en el desierto vio a abba Antonio que se recreaba con los hermanos y se escandalizó. Deseando mostrarle el anciano que es necesario a veces condescender con los hermanos, le dijo: “Pon una flecha en tu arco y estíralo”. Y así lo hizo. Le dijo: “Estíralo más”. Y lo estiró. Le dijo nuevamente: “Estíralo”. Le respondió el cazador: “Si estiro más de la medida, se romperá el arco”. Le dijo el anciano: “Pues así es también en la obra de Dios: si exigimos de los hermanos más de la medida, se romperán pronto. Es preciso pues de vez en cuando condescender con las necesidades de los hermanos”. Vio estas cosas el cazador y se llenó de compunción. Se retiró muy edificado por el anciano. Los hermanos regresaron también, fortalecidos, a sus lugares.

14. Oyó hablar abba Antonio de un joven monje, que había hecho un milagro estando en camino. Pues vio a unos ancianos que viajaban y estaban fatigados, y ordenó a unos onagros que se acercaran y los llevaran hasta la celda de Antonio. Los ancianos se lo contaron a abba Antonio, el cual les dijo: “Paréceme a mí que este monje es como un navío cargado de bienes, pero no sé si llegará a puerto”. Y después de un tiempo, comenzó de repente abba Antonio a llorar, arrancarse los cabellos y lamentarse. Le dijeron sus discípulos: “¿Por qué lloras, padre?”. Les respondió el anciano: “Acaba de caer una gran columna de la Iglesia (se refería al joven monje). Pero id —les dijo—, adonde está él, y averiguad qué sucedió”. Fueron los discípulos y vieron al monje sentado sobre una estera, llorando el pecado que había cometido. Al ver a los discípulos del anciano les dijo: “Decid al anciano que le pida a Dios me

conceda diez días solamente, y espero dar satisfacción”. Mas en el plazo de cinco días murió.

15. Un monje fue alabado por los hermanos en presencia de abba Antonio. Cuando éste lo recibió, lo probó para saber si soportaba la injuria, y viendo que no la soportaba, le dijo: “Pareces una aldea muy adornada en su frente, pero que los ladrones saquean por detrás”.

16. Dijo un hermano a abba Antonio: “Ruega por mí”. Le dijo el anciano: “No tendré misericordia de ti, ni la tendrá Dios, si tú mismo no te esfuerzas y pides a Dios”.

17. Fueron unos ancianos adonde estaba abba Antonio, e iba con ellos abba José. Los quiso probar el anciano y les propuso un pasaje de la Escritura preguntándoles su sentido, comenzando por los menores y uno a uno respondían según su capacidad. A cada uno de ellos decía el anciano: “No lo has encontrado todavía”. Por último, le preguntó a abba José: “¿Qué dices tú acerca de esta palabra?”. Respondió: “No sé”. Dijo abba Antonio: “Abba José encontró el camino, pues dijo: No sé”.

18. Unos hermanos fueron desde Escete para ver a abba Antonio, y al subir a una nave para dirigirse hasta él, hallaron un anciano que también quería ir. Los hermanos no lo conocían. Sentados entonces en la nave hablaban de las palabras de los Padres y de las Escrituras, y después, acerca de su trabajo manual. El anciano callaba. Cuando llegaron al puerto supieron que el anciano iba también a visitar a abba Antonio. Cuando llegaron adonde estaba él, les dijo (abba Antonio): “Tuvisteis buena compañía, con este anciano”. Dijo después al anciano: “Encontraste buenos hermanos, padre”. El anciano respondió: “Buenos son, en efecto, pero su casa no tiene puerta, y el que lo desee puede entrar en el establo y desatar el asno”. Decía esto porque hablaban lo que les venía a la boca.

19. Fueron unos hermanos adonde estaba abba Antonio y le dijeron: “Dinos una palabra: ¿qué debemos hacer para salvarnos?”. El anciano les dijo: “¿Oísteis la Escritura? Pues eso es bueno para vosotros”. Le dijeron ellos: “Pero queremos escucharlo de ti, padre”. Les dijo el anciano: “El evangelio dice: Si alguien te golpea en la mejilla derecha, ofrécele también la otra”. Le respon-

dieron: “No podemos hacer esto”. Díjoles el anciano: “Si no podéis ofrecer la otra mejilla, al menos soportad que os golpeen en una”. Le dijeron: “Tampoco podemos esto”. Dijo el anciano: “Si no podéis esto, no devolváis el mal que recibisteis”. Respondieron: “Tampoco podemos hacer esto”. Dijo entonces el anciano a su discípulo: “Prepárale una papilla, porque están enfermos. Si no podéis hacer esto, ni queréis hacer lo otro, ¿qué puedo hacer yo por vosotros? Necesitáis oraciones”.

20. Un hermano que había renunciado al mundo y dado sus bienes a los pobres, había, sin embargo, conservado algo para sí. Fue a ver a abba Antonio. Enterado de todo ello, le dijo el anciano: “Si quieres llegar a ser monje, ve a esa aldea, compra carne y ponla sobre tu cuerpo desnudo y vuelve aquí”. Así lo hizo el hermano, y los perros y las aves lo lastimaban. Fue adonde estaba el anciano, quien le preguntó si había hecho lo que le había aconsejado. Cuando le hubo mostrado su cuerpo herido, le dijo el santo abba Antonio: “Los que renunciaron al mundo y quieren poseer riquezas, son despedazados así por los ataques de los demonios”.

21. Fue tentado un hermano en el cenobio de abba Elías. Expulsado de allí fue al monte donde estaba abba Antonio. Permaneció el hermano con él durante algún tiempo, y le envió después al cenobio del que había salido. Cuando lo vieron los hermanos, lo expulsaron de nuevo. Volvió el hermano a abba Antonio, diciendo: “No quisieron recibirme, padre”. Lo envió de nuevo el anciano diciendo: “La nave naufragó en el mar, perdió la carga y apenas si pudo salvarse llegando a tierra; pero vosotros queréis hundir aquello que logró salvarse en tierra”. Ellos, al oír que lo enviaba abba Antonio, lo recibieron en seguida.

22. Dijo abba Antonio: “Pienso que el cuerpo tiene un movimiento natural, adaptado a él, pero que no actúa si no lo quiere el alma; indica solamente en el cuerpo un movimiento sin pasión. Mas hay otro movimiento, que proviene de la alimentación y del abrigo del cuerpo por la comida y la bebida; es así que el calor de la sangre excita el cuerpo para la acción. Por ello dice el apóstol: No os embriaguéis con vino, en el que está la impureza. Y también el Señor en el evangelio amonesta a los discípulos diciendo: Mirad que no se entorpezcan vuestros corazones con la crápula

y la ebriedad. Hay todavía otro movimiento para los que combaten, que procede de las trampas y la envidia de los demonios. Hay que saber, pues, que hay tres movimientos del cuerpo: uno es natural, el segundo viene de la abundancia de alimentos, el tercero viene de los demonios”.

23. Dijo también: “Dios no permite que esta generación sea atacada como la de los antiguos, pues sabe que es débil y no puede resistir”.

24. Le fue revelado a abba Antonio en el desierto: “En la ciudad hay un hombre semejante a ti, de profesión médico, que da lo superfluo a los necesitados y todos los días canta el trisagio con los ángeles”.

25. Dijo abba Antonio: “Viene el tiempo en que se enloquecerán los hombres, y cuando vean a uno que no está loco, se volverán contra él, diciendo: ‘estás loco’, pues no es semejante a ellos”.

26. Fueron algunos hermanos a abba Antonio, y le dijeron una palabra del Levítico. Salió el anciano al desierto, y lo siguió oculta-mente abba Amonas, que conocía sus costumbres. Y alejándose, el anciano, puesto de pie para la oración, exclamó con voz fuerte: “Oh, Dios, envía a Moisés para que me explique esta palabra”. Y llegó una voz que conversó con él. Dijo abba Amonas que él oyó la voz que conversaba con el anciano, mas no comprendió el alcance de esas palabras.

27. Tres padres tenían la costumbre de ir cada año a ver a abba Antonio y mientras dos lo interrogaban acerca de los pensamientos y la salvación del alma, el tercero callaba absolutamente y nada preguntaba. Después de mucho tiempo, le dijo abba Antonio: “Vienes desde hace tiempo y no me preguntas nada”. Le respondió diciendo: “Abba, me basta con verte”.

28. Decían que uno de los ancianos rogó a Dios le concediese ver a los padres, y los vio, excepto a abba Antonio. Le dijo al que se lo mostraba: “¿Dónde está abba Antonio?”. Le respondió: “En el mismo lugar en que está Dios, allí está”.

29. Un hermano en el cenobio fue acusado calumniosamente de fornicación, y levantándose fue adonde estaba abba Antonio. Los hermanos del cenobio fueron también para curarlo y llevarlo consigo, y trataron de convencerlo que había hecho aquello. El, por el contrario, afirmaba: “No lo hice”. Estaba allí abba Pafnucio Céfalas, quien les dijo esta parábola: “Vi al borde del río a un hombre, hundido en el fango hasta las rodillas, y fueron unos para darle la mano, y lo hundieron hasta el cuello”. Y les dijo abba Antonio acerca de abba Pafnucio: “Este es un hombre veraz, capaz de curar a las almas y salvarlas”. Movidos a arrepentimiento por las palabras de los ancianos, hicieron la metanía al hermano. Y amonestados por los Padres, recibieron al hermano en el cenobio.

30. Decíase de abba Antonio que llegó a ser pneumatóforo (portador del Espíritu Santo), pero que no quería hablar a causa de los hombres. En efecto, reveló lo que acontecía en el mundo y lo que había de venir.

31. Recibió abba Antonio una carta del emperador Constancio, invitándolo a ir a Constantinopla, y reflexionaba acerca de lo que debía hacer. Le preguntó a abba Pablo, su discípulo: “¿Debo ir?”. Y le respondió: “Si vas, te llamarás Antonio; si no vas, te llamarás abba Antonio”.

32. Dijo abba Antonio: “Ya no temo a Dios, sino que lo amo. En efecto, el amor expulsa el temor”.

33. Dijo el mismo: “Habéis de tener siempre ante los ojos el temor de Dios. Acordaos de quien da la muerte y la vida. Tened odio al mundo y a todo lo que está en él. Renunciad a esta vida, para vivir para Dios. Recordad lo que prometisteis a Dios; eso es lo que se os pedirá en el día del juicio. Sufrid el hambre, la sed, la desnudez, las vigiliass; entristeceos y llorad, gemid en vuestros corazones; probaos si sois dignos de Dios; despreciad la carne, para salvar vuestras almas”.

34. Visitó abba Antonio a abba Amún en la montaña de Nitria, y cuando se encontraron, le dijo abba Amún: “Ya que el número de los hermanos se ha multiplicado gracias a tus oraciones, y algunos de ellos desean construirse celdas retiradas para vivir en el re-

cogimiento (*hesiquía*), ¿a qué distancia de las actuales dispones que se edifiquen esas celdas?”. Le dijo: “Comeremos a la novena hora, y saldremos a recorrer el desierto para reconocer el lugar”. Cuando hubieron marchado por el desierto hasta la puesta del sol, abba Antonio dijo: “Oremos, y plantemos una cruz, para que construyan aquí los que lo desean. Así los hermanos que vengan de allá para ver a los que están aquí, lo harán después de tomar una ligera refección a la hora novena, y los encontrarán en este momento. Lo mismo los que vayan de aquí para allá, se conserven de este modo sin distracción en las visitas mutuas”. La distancia es de doce millas.

35. Dijo abba Antonio: “El que trabaja un bloque de hierro, observa primero en su pensamiento lo que desea hacer: una hoz, una espada o un hacha. De la misma manera, nosotros debemos pensar qué virtud buscamos, para no esforzarnos en vano”.

36. También dijo: “La obediencia y la continencia someten las fieras a los hombres”.

37. Dijo también: “Conozco monjes que cayeron después de haber soportado mucho, y que llegaron al orgullo del alma porque esperaron en sus obras y desconocieron el mandato que dice: “Interroga a tu padre y él te enseñará”.

38. Dijo también: “El monje debería manifestar confiadamente a los ancianos, si fuera posible, cuántos pasos hace o cuántas gotas de agua bebe en su celda, para no tropezar en ello”.

ABBA ARSENIO

Los apotegmas que se refieren a Arsenio nos presentan su biografía con bastante claridad: alto funcionario en la corte imperial de Constantinopla, preceptor tal vez de los hijos del emperador Teodosio, dejó el mundo en 394 y se internó en Escete, bajo la guía de Juan Colobos. Vivió un tiempo en Petra, más tarde en Cánopo. Después de la devastación de Escete en 434, se retiró a Troe (actualmente Toura, a quince kilómetros al sudeste de El Cairo),

donde murió en 449. Su pasado de noble romano y su cultura no lo hicieron muy simpático a los rústicos monjes de su ambiente, pero es para siempre el campeón de la huida del mundo y modelo de los hesicastas.

39. Cuando abba Arsenio estaba todavía en el palacio, oró al Señor diciendo: “Señor, dirígeme por el camino de la salvación”. Y llegó hasta él una voz que le dijo: “Arsenio, huye de los hombres y serás salvo”.

40. Habiéndose retirado él mismo a la vida solitaria, oró de nuevo diciendo idénticas palabras. Y oyó una voz que le decía: “Arsenio, huye, calla, recógete (*hesicaze*), pues estas son las raíces de la impecabilidad”.

41. Los demonios rodearon a abba Arsenio, que estaba en su celda, y lo hostigaban. Llegaron los que asistían al anciano y, permaneciendo fuera de la celda, lo oyeron clamar a Dios con estas palabras: “Oh, Dios, no me abandones; nada bueno he hecho en tu presencia, pero concédeme según tu bondad que lo pueda comenzar”.

42. Decían del mismo, que así como ninguno en la corte se vestía mejor que él, ninguno llevaba ropas más vulgares en la iglesia.

43. Alguien dijo al bienaventurado Arsenio: “¿Cómo es que nosotros no tenemos nada, con toda nuestra educación y sabiduría, mientras que estos campesinos y egipcios adquieren tantas virtudes?”. Le respondió abba Arsenio: “Nosotros no sacamos nada de nuestra educación secular, pero estos campesinos y egipcios adquieren las virtudes por sus trabajos”.

44. Interrogaba una vez abba Arsenio sobre sus propios pensamientos a un anciano egipcio. Uno que lo vio, le dijo: “Abba Arsenio, ¿cómo tú, que has recibido semejante educación romana y griega, interrogas a este rústico acerca de tus pensamientos?”. Le respondió: “Aprendí las ciencias romanas y griegas, pero todavía no aprendí el alfabeto de este rústico”.

45. Fue una vez el bienaventurado arzobispo Teófilo con un notable a visitar a abba Arsenio, e interrogaba al anciano para oír de él una palabra. Después de callar por un corto tiempo, respondió: “¿Guardaréis lo que os diga?”. Ellos prometieron que lo guardarían. Les dijo entonces el anciano: “Adonde oigáis que está Arsenio no os acerquéis”.

46. Deseando otra vez encontrarse el arzobispo con él, envió a preguntarle si le abriría el anciano. Le dio esta respuesta: “Si vienes, te abriré. Pero si abro para ti, abriré a todos, y entonces no permaneceré ya aquí”. Al oír esto dijo el arzobispo: “Si voy allí para expulsarlo, no iré más a verlo”.

47. Pidió un hermano a abba Arsenio que le hiciera oír una palabra. El anciano le dijo: “En cuanto de ti dependa, esfuérzate para que tu trabajo interior sea de acuerdo a Dios, y vencerás las pasiones exteriores”.

48. Dijo también: “Si buscamos a Dios, él se manifestará a nosotros; y si lo retenemos, permanecerá con nosotros”.

49. Alguien dijo a abba Arsenio: “Mis pensamientos me afligen, diciéndome: No puedes ayunar ni trabajar; visita al menos a los enfermos: también esto es caridad”. El anciano, conociendo que era semilla sembrada por los demonios, le dijo: “Ve, come, bebe, duerme y no trabajes; pero no salgas de la celda”. Pues sabía que la paciencia de la celda lleva al monje a observar su orden.

50. Decía abba Arsenio, que el monje peregrino en una región extranjera no debe inmiscuirse en nada, y así tendrá el descanso.

51. Dijo abba Marcos a abba Arsenio: “¿Por qué huyes de nosotros?”. Le respondió el anciano: “Dios sabe que os amo, pero no puedo estar con Dios y con los hombres. Los millares y miríadas celestiales tienen una sola voluntad, pero los hombres muchas. No puedo entonces abandonar a Dios para estar con los hombres”.

52. Abba Daniel decía acerca de abba Arsenio, que pasaba la noche entera sin dormir, y cuando, al amanecer, la naturaleza lo

obligaba a acostarse, decía al sueño: “Ven, servidor malo”. Sentado, tomaba entonces un corto sueño, y se levantaba en seguida.

53. Decía abba Arsenio que es suficiente para el monje dormir una hora, si es luchador.

54. Contaban los ancianos que un día distribuyeron en Escete unos higos secos. Como eran de poco valor, no le mandaron a abba Arsenio, para que no se ofendiese. El anciano, al saber lo sucedido, no acudió a la sinaxis, diciendo: “Me habéis excomulgado al no mandarme la eulogia que Dios envió a los hermanos, y que yo no fui digno de recibir”. Lo supieron todos y aprovecharon (sus almas) por la humildad del anciano. El presbítero le llevó entonces los higos secos, y lo trajo con alegría a la sinaxis.

55. Decía abba Daniel: “Permaneció con nosotros durante muchos años, y cada año le dábamos un canasto de trigo, y cuando lo íbamos a visitar comíamos de él”.

56. Decía también acerca del mismo abba Arsenio, que no cambiaba el agua de las palmas más que una vez al año, y para el resto solamente agregaba. Trenzaba una cuerda y tejía hasta la hora sexta. Los ancianos le suplicaron: “¿Por qué no cambias el agua de las palmas, que huele mal?”. El les dijo: “Es necesario que en lugar de los perfumes y aromas que utilizaba en el mundo, soporte este mal olor”.

57. Decía también (abba Daniel) que cuando (abba Arsenio) oía que todas las clases de frutas estaban ya maduras, decía: “Traéd-melas”, y tomaba una sola vez y un poquito de cada una, dando gracias a Dios.

58. Cayó una vez enfermo en Escete abba Arsenio. Le faltaba hasta un pedazo de tela de lino, y como no tenía con qué comprarlo, lo recibió de otro por caridad, y dijo: “Gracias te doy, Señor, porque me hiciste digno de recibir la caridad en tu nombre”.

59. Decían que la distancia hasta su celda era de veintidós millas. No salía prontamente de ella, pues otros lo servían. Cuan-

do fue devastada Escete, salió llorando y dijo: “El mundo ha perdido a Roma y los monjes a Escete”.

60. Preguntó abba Marcos a abba Arsenio: “¿Es bueno no tener consolación en la celda? Porque vi un hermano que tenía unas legumbres y las estaba arrancando”. Le respondió abba Arsenio: “Es bueno, pero según las fuerzas del hombre. Porque si no tiene fuerza para semejante práctica, pronto plantará otras”.

61. Abba Daniel, discípulo de abba Arsenio, relataba lo siguiente: “Estaba junto a abba Alejandro, el cual, vencido por el dolor, se acostó mirando hacia arriba, a causa del dolor. El bienaventurado Arsenio llegó para hablar con él, y lo vio acostado. Mientras conversaban, le dijo: “¿Quién era el secular que he visto aquí?”. Le dijo abba Alejandro: “¿Dónde lo viste?”. Respondió: “Cuando bajaba de la montaña, miré hacia la gruta y vi a alguien acostado y mirando hacia arriba”. Entonces, postrándose, le dijo: “Perdóname, era yo, pues el dolor se había apoderado de mí”. Le dijo el anciano: “¿Eras tú, entonces? Está bien. Yo supuse que era un secular, por eso preguntaba”.

62. Dijo otra vez abba Arsenio a abba Alejandro: “Cuando hayas terminado de cortar tus ramas de palmera, ven a comer conmigo, pero si llegaran huéspedes, come con ellos”. Abba Alejandro trabajaba lentamente y con cuidado. Cuando llegó la hora, tenía todavía palmas, y queriendo cumplir la orden del anciano, esperó hasta concluir el trabajo. Abba Arsenio, al ver que se demoraba, comió, pensando que habían llegado visitantes (a su celda). Abba Alejandro, cuando hubo terminado su trabajo, hacia el atardecer, se puso en camino. Le dijo el anciano: “¿Tuviste visitas?”. Respondió: “No”. Le dijo: “¿Por qué no viniste, entonces?”. Contestó: “Porque tú me dijiste: Cuando termines de cortar tus palmas, ven. Por guardar tu palabra no he venido hasta ahora, que termine”. Se admiró el anciano de su exactitud, y le dijo: “Rompe el ayuno, pronto, para recitar el oficio, y bebe tu ración de agua; de lo contrario pronto estará enfermo tu cuerpo”.

63. Llegó una vez abba Arsenio a un lugar en el que había cañas, que el viento agitaba. Dijo entonces el anciano a los hermanos: “¿Qué es este movimiento?”. Le respondieron: “Son cañas”.

Le dijo el anciano: “Si uno permanece en la *hesiquía* y oye el canto de un pajarillo, ya no tiene el corazón la misma tranquilidad. Cuanto más vosotros, que tenéis el movimiento de estas cañas”.

64. Contaba abba Daniel que unos hermanos que se dirigían a la Tebaida en busca de lino, dijeron: “Aprovechemos la ocasión para visitar a abba Arsenio”. Abba Alejandro dijo entonces al anciano: “Hermanos que vienen de Alejandría desean verte”. Le dijo el anciano: “Pregúntales por qué razón han venido”. Supo que iban a la Tebaida a buscar lino y se lo dijo al anciano. Dijo éste: “En verdad, no verán el rostro de Arsenio, pues no han venido por mí, sino por su trabajo. Hazlos descansar y despídelos en paz, diciéndoles que el anciano no los puede recibir”.

65. Fue un hermano a la celda de abba Arsenio en Escete, y mientras esperaba a la puerta, vio al anciano todo como de fuego —era el hermano digno de ver esto—. Cuando llamó, salió el anciano, y vio al hermano que estaba sorprendido. Le dijo: “¿Hace mucho que estás llamando? ¿Has visto acaso algo?”. Le respondió: “No”. Y después de hablar con él, lo despidió.

66. Mientras abba Arsenio vivía en Canopo, vino desde Roma para verlo una virgen de familia senatorial, muy rica y temerosa de Dios. Fue recibida por Teófilo, el arzobispo, al cual rogó que convenciera al anciano para que la recibiera. Acudió adonde él estaba y lo invitó, diciendo: “Una mujer, de rango senatorial, ha venido desde Roma y desea verte”. Mas el anciano no accedió ir a su encuentro. Cuando se lo dijeron a ella, mandó ensillar los asnos, diciendo: “Confío en Dios que lo he de ver. No he venido a ver un hombre, pues hay muchos hombres en nuestra ciudad; he venido a ver a un profeta”. Al llegar cerca de la celda del anciano, se encontró con él, que estaba fuera de la celda por divina disposición. Cuando lo vio, ella se postró a sus pies. Mas él la levantó airado y, mirándola, le dijo: “Si quieres ver mi rostro, míralo aquí”. Ella, en cambio, no miraba su cara por vergüenza. Le dijo el anciano: “¿No habías oído acerca de mi ocupación? Debías haberlo tenido en cuenta. ¿Cómo osaste emprender semejante travesía? ¿No sabes acaso que eres mujer, y que no conviene que vayas a cualquier sitio? ¿O es que, cuando vuelvas a Roma, dirás a las demás mujeres:

He visto a Arsenio, y se convertirá el mar en camino para las mujeres que vendrán hasta mí?”. Dijo ella: “Si el Señor lo quiere, no permitiré que venga nadie. Pero ruega por mí y recuérdame siempre”. El le respondió: “Pido a Dios que borre tu recuerdo de mi corazón”. Al oír esto, ella se retiró conmovida. Llegó a la ciudad y por la tarde cayó con fiebre. Mandó decir al bienaventurado Teófilo, el arzobispo, que estaba enferma. Acudió él donde se encontraba la mujer, y le pedía que le dijese la causa de su enfermedad. Le respondió: “Ojalá no hubiese venido nunca. Pues le pedí al anciano: Acuérdate de mí, y me respondió: Pido a Dios que borre tu recuerdo de mi corazón. Entonces yo muero de tristeza”. Le dijo el arzobispo: “¿No sabes que eres mujer, y que por medio de las mujeres ataca el enemigo a los santos? Por eso el anciano habló de esa manera. Por tu alma, empero, rezará siempre”. De este modo curó sus pensamientos, y ella volvió a su casa con alegría.

67. Contaba abba Daniel acerca de abba Arsenio que una vez fue donde él un magistrado, para llevarle el testamento de un senador de su familia, que le había dejado una cuantiosa herencia. Lo tomó y quiso desgarrarlo. El magistrado se echó a sus pies, diciendo: “Te ruego que no lo desgarres, porque me cortarán la cabeza”. Le dijo abba Arsenio: “Este ha muerto ahora, yo he muerto antes que él”. Le devolvió el testamento y no quiso recibir nada.

68. Decían de él que, la tarde del sábado, al comenzar el domingo, dejaba el sol a su espalda y extendía sus manos hacia el cielo, en oración, hasta que nuevamente el sol iluminaba su rostro. Entonces, se sentaba.

69. Decían de abba Arsenio y de abba Teodoro de Ferme, que odiaban la gloria de los hombres más que los demás. Pues mientras abba Arsenio no veía fácilmente a nadie, abba Teodoro los veía, pero era como una espada.

70. Cuando abba Arsenio habitaba en las regiones inferiores, fue tentado y pensó abandonar la celda. Sin tomar nada de lo suyo, se dirigió adonde estaban sus discípulos Alejandro y Zoilo, de Farán. Dijo a Alejandro: “Levántate y sube a la nave”. Así lo hizo. Dijo a Zoilo: “Acompáñame hasta el río y busca una nave que me lleve hasta Alejandría; después embárcate tú también y ve hasta donde

esté tu hermano". Zoilo, preocupado por estas palabras, guardó silencio. Se separaron. Cuando el anciano llegó a la región de Alejandría enfermó gravemente. Sus discípulos decían: "Acaso uno de nosotros ha entristecido al anciano, y por esto se ha alejado de nosotros". Pero no encontraban nada en ellos, ni una desobediencia. Cuando el anciano curó, dijo: "Iré a ver a mis padres". Navegó hasta Petra, donde estaban sus discípulos. Estaba cerca del río cuando una esclava etíope tocó su melota. El anciano la reprendió, pero ella le dijo: "Si eres monje, vete a la montaña". En esto llegaron adonde él estaba, Alejandro y Zoilo. Cuando ellos se echaron a sus pies, también se postró el anciano ante ellos, y lloraban todos. Les dijo el anciano: "¿No supisteis que estuve enfermo?". Respondieron: "Sí". Les dijo el anciano: "¿Y por qué no vinisteis a verme?". Abba Alejandro le respondió: "Tu alejamiento de nosotros no fue provechoso, y no benefició a muchos, que decían: Si no hubieran desobedecido al anciano, no se habría alejado de ellos". Les dijo: "De nuevo dirán los hombres: 'No encontró la paloma reposo para sus pies, y volvió a Noé, al Arca'" (Gn. 8, 9). De este modo se reconciliaron, y él permaneció con ellos hasta la muerte.

71. Dijo abba Daniel: "Abba Arsenio nos contó, como tratándose de otro, pero en realidad se trataba de él, que estando un anciano en su celda, le llegó una voz que le dijo: Ven, y te mostraré los trabajos de los hombres. Se levantó y fue con él. Lo llevó a cierto lugar donde vio un negro cortando leña para formar un haz grande. Quería llevarlo, pero no podía, y en lugar de quitar algunos leños, seguía cortando y lo agregaba al haz. Hizo esto muchas veces. Avanzando otro poco le mostró un hombre que estaba junto a un lago, del que sacaba agua y la echaba en un recipiente agujereado, y el agua volvía al lago. Después le dijo: Ven, te mostraré otra cosa. Y vio un templo y dos hombres montados a caballo y llevando un tirante de madera atravesado, el uno frente al otro, que intentaban pasar por la puerta, pero no podían, porque estaba atravesada la madera. Ninguno de ellos quiso ponerse atrás del otro, para llevar derecho el madero, y por eso quedaron fuera de la puerta. Estos son, le dijo, los que llevan con soberbia el yugo de la justicia, y no se humillaron para corregirse y marchar por el camino humilde de Cristo; por eso, permanecen fuera del Reino de Dios. El que cortaba leña es un hombre lleno de pecados, que, en lugar de arrepentirse, agrega más iniquidades sobre sus pecados. Y

el que sacaba agua, es un hombre que hace obras buenas, pero mezcladas con las malas, y por eso pierde también sus buenas obras. Es necesario que todo hombre vigile sobre su trabajo, para no esforzarse en vano”.

72. Contaba el mismo que cierto día vinieron algunos padres desde Alejandría para ver a abba Arsenio. Uno de ellos era tío de Timoteo el anciano, arzobispo de Alejandría, llamado el pobre, y traía consigo a uno de sus sobrinos. Estaba enfermo el anciano y no quiso recibirlos, para que no vinieran también otros y lo molestasen. Se encontraba entonces en Petra de Troe. Ellos se volvieron afligidos. Mas hubo una invasión de los bárbaros y él fue a habitar en la región inferior (del Nilo). Cuando supieron, volvieron a visitarle y el anciano los recibió con alegría. Un hermano que estaba con ellos le dijo: “¿Sabes, abba, que fuimos hasta Troe para estar contigo y no nos recibiste?”. Respondió el anciano: “Vosotros habéis comido pan y bebido agua; pero yo, hijo, en verdad que no he probado pan ni agua, ni me he sentado, para castigarme, hasta que pensé habíais llegado de regreso a vuestra casa, porque os habíais fatigado por mí. Perdonadme, hermanos”. Y se fueron consolados.

73. Decía el mismo: “Me llamó un día abba Arsenio y me dijo: Conforta a tu padre, para que cuando vayas al Señor, él a su vez te conforte a ti, y tú te encuentres bien”.

74. Contaban de abba Arsenio que cuando estaba enfermo en Escete, el presbítero lo llevó a la iglesia y lo hizo acostar sobre un colchón con una pequeña almohada bajo la cabeza. Uno de los ancianos que fue a visitarlo, lo vio sobre un colchón y con la almohada bajo la cabeza, y escandalizado dijo: “¿Es éste abba Arsenio? ¿De este modo se acuesta?”. Lo llevó aparte el presbítero y le dijo: “¿Cuál era tu trabajo en la aldea?”. Respondió: “Era pastor”. Le preguntó: “¿Cómo vivías?”. Respondió: “Vivía con mucho sacrificio”. Le dijo: “¿Cómo vives ahora en la celda?”. Respondió: “Con mayor descanso”. Le dijo entonces el presbítero: “¿Ves a abba Arsenio? Cuando estaba en el mundo era como el padre de los emperadores, y lo atendían miles de servidores con cinturones de oro, y llevando todos collares de oro y vestiduras de seda. Bajo sus pies había tapices preciosos. Tú eras pastor y no tenías en el mundo el descanso que tienes ahora; pero éste tenía en el mundo el lu-

jó, y no lo tiene aquí. Mientras tú estás en la consolación, él sufre”. Al oír esto, se arrepintió y pidió perdón, diciendo: “Perdóname, padre, porque he pecado. En verdad, éste es el verdadero camino, que ha llevado a este hombre a la humildad; a mí, empero, me ha traído al descanso”. Y se alejó el anciano, después de recibir mucho provecho.

75. Uno de los padres fue a ver a abba Arsenio. Cuando llamó a la puerta abrió el anciano, creyendo que era uno de los que lo servían. Al ver a otro, se echó con el rostro en tierra. Le dijo: “Levántate, abba, para que te salude”. Le respondió el anciano: “No me levantaré hasta que te hayas marchado”. Y aunque se lo rogó con insistencia, no se levantó hasta que se fue.

76. Decían que un hermano fue a ver a abba Arsenio, en Escete, y al llegar, pedía a los clérigos para verlo. Ellos le dijeron: “Descansa un poco, hermano, y lo verás”. El respondió: “No tomaré nada antes de verlo”. Enviaron con él un hermano para que lo acompañase, pues su celda estaba distante. Llamaron a la puerta y entraron, y después de saludar al anciano se sentaron en silencio. Dijo el hermano de la iglesia (que lo había acompañado): “Me retiro, rogado por mí”. El hermano extranjero, que no tenía confianza con el anciano, dijo al hermano: “Me voy contigo”. Y ambos salieron. Le pidió entonces: “Llévame también adonde está abba Moisés, el que fue ladrón”. Cuando llegaron a su celda, él los recibió con alegría y los despidió después de haberlos atendido. Le dijo el hermano que lo había acompañado: “Te he llevado a ver al extranjero y al egipcio. ¿Cuál de los dos te gustó más?”. Respondió: “Me gustó el egipcio”. Uno de los padres oyó esto, y oró a Dios diciendo: “Señor, muéstrame la solución: pues uno huye por tu nombre y el otro, por tu nombre, recibe con los brazos abiertos”. Y le fueron mostradas dos grandes naves sobre el río, y vio a abba Arsenio y al Espíritu de Dios navegando en paz en una de ellas, y a abba Moisés con los ángeles de Dios navegando en la otra, alimentándolo con miel.

77. Decía abba Daniel: “Cuando estaba abba Arsenio a punto de morir, nos mandó decir: “No os preocupéis en hacer ágapes por mí, pues si he hecho caridad (*ágape*) por mí, la volveré a encontrar”.

78. Cuando estaba por morir abba Arsenio, se turbaron sus discípulos. El les dijo: “Todavía no ha llegado la hora. Cuando llegue la hora, os lo diré. Seré juzgado con vosotros ante el terrible tribunal si dais mi cuerpo a alguien”. Le respondieron: “¿Qué haremos, pues no sabemos sepultar?”. Les dijo el anciano: “¿No sabéis atar una soga a mi pie y llevarme hasta la montaña?”. Esta era la palabra que repetía el anciano: “Arsenio, ¿por qué saliste del mundo? Muchas veces me he arrepentido de haber hablado, nunca de callar”. Cercana ya la muerte, lo vieron llorar los hermanos y le dijeron: “Es verdad que tú también tienes miedo, abba”. El les dijo: “En verdad, el temor que tengo ahora, ha estado conmigo desde que me hice monje”. Y así murió.

79. Decíase de él que durante toda su vida, mientras estaba sentado para el trabajo manual, tenía un paño sobre el pecho (otros leen: una arruga en el pecho), por las lágrimas que caían de sus ojos. Cuando supo abba Pastor que había muerto, dijo llorando: “Bienaventurado eres, abba Arsenio, porque lloraste por ti en este mundo, pues el que no llora aquí, llorará eternamente más allá. Sea que lo hagamos aquí espontáneamente o allá por los tormentos, es imposible no llorar”.

80. Acerca del mismo relataba abba Daniel: “Nunca quiso hablar sobre cuestión alguna de la Escritura, aunque podía hacerlo si hubiera querido. Tampoco escribía cartas con facilidad. Cuando, de tanto en tanto, venía a la iglesia, se sentaba detrás de una columna, para que no viesen su rostro ni ver él a los demás. Tenía un aspecto angelical, como Jacob. Totalmente canoso, era de cuerpo elegante, delgado. Llevaba una larga barba hasta la cintura. Las pestañas se le habían caído de tanto llorar. Era alto, pero encorvado en la vejez. Alcanzó los noventa y cinco años. Estuvo en el palacio de Teodosio el grande, de divina memoria, cuarenta años, haciendo de padre a los divinos Arcadio y Honorio; en Escete estuvo otros cuarenta años, diez en Troe sobre Babilonia, hacia Menfis, y tres en Canopo de Alejandría. Los dos últimos años regresó a Troe, donde murió, acabando su carrera en la paz y el temor de Dios, pues era varón bueno, ‘lleno del Espíritu Santo y de fe’ ” (Hech. 11, 24). “Me dejó su túnica de piel, su camisa de cilicio blanca y sus sandalias de hoja de palmera. Aunque soy indigno, los llevo para que me bendiga”.

81. Contó también abba Daniel sobre abba Arsenio: “Llamó un día a mis padres, abba Alejandro y abba Zoilo, y postrándose ante ellos les dijo: Los demonios me atacan, y no sé si me dominan durante el sueño, así que esforzaos esta noche conmigo y observad si me duermo durante la vigilia. Desde el atardecer se sentaron uno a su derecha y otro a su izquierda, en silencio. Y decían mis padres: Nosotros dormimos y nos despertamos, y no advertimos que él durmiese. Al amanecer —Dios sabe si lo simuló, para que nosotros creyésemos que había dormido, o si verdaderamente llegó el sueño—, suspiró tres veces y se levantó en seguida, diciendo: He dormido, ¿no es verdad? Y nosotros respondimos: No sabemos”.

82. Fueron unos ancianos a ver a abba Arsenio, y le rogaron insistentemente que los recibiese. El les abrió la puerta, y ellos le pidieron que les hablase acerca de los que viven en la *hesiquía* y no se juntan con nadie. Le dijo el anciano: “Mientras la joven está en casa de su padre, muchos quieren casarse con ella. Pero cuando toma marido, ya no agrada a todos. Unos la desprecian, otros la alaban, y no es estimada como antes, cuando vivía oculta. Lo mismo vale para las cosas del alma; una vez que se divulgan, ya no pueden contentar a todos.

82 A. Decían de abba Arsenio, que no permitía que sorprendieran el curso de su observancia.

ABBA AGATON

Discípulo de abba Pastor, desde muy joven descolló por su discreción, tanto que su propio maestro lo llamaba “padre”. Tuvo numerosos discípulos, entre ellos Alejandro y Zoilo, que vivieron después con Arsenio. Abandonó Escete después de la primera devastación (407-408) y vivió junto al Nilo, cerca de Troe. Se exalta su vigilancia y delicadeza de conciencia, que tienen su premio en una muerte dichosa (cfr. n. 111).

83. Dijo abba Pedro, discípulo de abba Lot: “Estaba yo en una ocasión en la celda de abba Agatón, y vino a él un hermano diciendo: Quiero habitar con los hermanos; dime cómo he de vivir con

ellos. El anciano le dijo: Guarda durante todos los días de tu vida la condición de extranjero, como en el primer día que ingresaste, para no entrar en confianza con ellos. Le preguntó abba Macario: ¿Qué produce la confianza? Respondió el anciano: La confianza es semejante a un gran calor, del que todos huyen cuando lo encuentran, y que corrompe los frutos de los árboles. Abba Macario le dijo: ¿Tan dañina es la confianza? Dijo abba Agatón: No hay pasión más perjudicial que la confianza, porque ella engendra las demás pasiones. Conviene pues al hombre esforzado no tener confianza, aunque esté solo en su celda. Yo conocí a un hermano que vivió largo tiempo en una celda, con un pequeño lecho, y que decía: Habría abandonado la celda, sin llegar a usar este lecho, si no me hubieran hablado de ella. Este es el hombre laborioso y luchador”.

84. Decía abba Agatón: “El monje no debe permitir que la conciencia lo acuse de cosa alguna”.

85. Decía también: “Sin la observancia de los mandamientos de Dios, el hombre no progresa ni siquiera en una sola virtud”.

86. Decía también: “Nunca me he dormido teniendo algo contra alguien, y en cuanto dependió de mí, no he dejado que nadie se durmiese teniendo algo contra mí”.

87. Decíase de abba Agatón que fueron a verlo algunos que habían oído acerca de su gran discreción. Para probar si se airaba, le dijeron: “¿Eres tú Agatón? Hemos oído que eras fornicador y soberbio”. Respondió: “Sí, es así”. Le dijeron: “¿Eres tú Agatón el charlatán?”. Respondió: “Yo soy”. Todavía le dijeron: “¿Eres tú Agatón el hereje?”. Respondió: “No soy hereje”. Le rogaban entonces, diciendo: “¿Dinos por qué, habiéndote llamado tantas cosas, lo toleraste, pero no aceptaste esto último?”. Les respondió: “Aquello me lo atribuyo, porque aprovecha a mi alma, pero la herejía es separación de Dios, y yo no quiero alejarme de Dios”. Al oír estas palabras admiraron su discreción y se alejaron edificados.

88. Contaban acerca de abba Agatón que durante largo tiempo estuvo edificando una celda con sus discípulos. Cuando la concluyeron, fueron a habitar en ella. Mas en la primera semana, vio allí

algo que no era provechoso para él, y dijo a sus discípulos “Levantaos, vámonos de aquí”. Se turbaron los discípulos y dijeron: “Si tenías el pensamiento en mudarnos de aquí, ¿para qué nos tomamos el trabajo de edificar la celda? Además, los hombres se escandalizarán, diciendo: Ya se mudan otra vez, estos vagos”. Al ver su pusilanimidad, les dijo (abba Agatón): “Si algunos se escandalizarán, otros, en cambio, se edificarán, diciendo: Bienaventurados estos que emigran por Dios, y dejan de lado todas las demás cosas. El que quiera venir, que venga, pues yo me retiro”. Entonces ellos se postraron en tierra, suplicándole, hasta que les permitió marcharse con él.

89. Decían también acerca del mismo, que cambiaba a menudo de habitación, llevando solamente el cuchillo para hacer canastos.

90. Preguntaron a abba Agatón qué era más importante: el trabajo corporal o la custodia interior. Dijo el anciano: “El hombre se parece a un árbol; el trabajo corporal son las hojas, la custodia interior el fruto. Según la Escritura todo árbol que no produce fruto será cortado y echado al fuego, por lo que es claro que todo nuestro esfuerzo se refiere al fruto, es decir, a la custodia del alma. También tenemos necesidad de la protección y el adorno de las hojas, que son el trabajo corporal”.

91. Le preguntaron también los hermanos: “¿Entre todas las virtudes cuál exige mayor esfuerzo?”. Les dijo: “Perdonadme, creo que no hay trabajo igual al de orar a Dios. Cada vez que el hombre quiere orar, los enemigos se esfuerzan por impedirselo, pues saben que sólo los detiene la oración a Dios. En toda obra buena que emprenda el hombre, llegará al descanso si persevera en ella, pero en la oración se necesita combatir hasta el último suspiro”.

92. Era abba Agatón sabio en el espíritu y dispuesto en el cuerpo, se bastaba para todo: para el trabajo manual, para el alimento y el vestido.

93. Caminaba él con sus discípulos, y uno de ellos encontró una arveja verde. Le preguntó al anciano: “Padre, ¿no me dices que la

tome?”. Lo miró asombrado el anciano y le dijo: “¿Tú la pusiste allí?”. Respondió el hermano: “No”. El anciano le dijo: “¿Cómo deseas tomar lo que tú no pusiste?”.

94. Un hermano se presentó a abba Agatón diciendo: “Permíteme habitar contigo”. Mientras iba de camino encontró un pequeño pedazo de nitrio, y lo recogió. Le dijo el anciano: “¿Dónde encontraste el nitrio?”. Respondió el hermano: “Lo encontré en el camino, al venir, y lo levanté”. El anciano le dijo: “Si venías a habitar conmigo, ¿cómo tomaste lo que no habías puesto?”. Y lo envió a devolver el nitrio al lugar en que lo había encontrado.

95. Interrogó un hermano al anciano: “Recibí una orden, pero hay una tentación en lo mandado. Quiero cumplirla, pero temo la tentación”. Le dijo el anciano: “Si se tratase de Agatón, cumpliría el mandato y vencería la tentación”.

96. Hubo en Escete una reunión para tratar acerca de un asunto. Cuando ya habían tomado una decisión, llegó Agatón y les dijo: “No habéis decidido correctamente”. Ellos replicaron: “¿Quién eres tú para hablar así?”. Les respondió: “Si en verdad habláis de justicia, juzgad rectamente, hijos de hombres”.

97. Decíase de abba Agatón que durante tres años llevó una piedra en la boca, hasta guardar el silencio.

98. Decían de él y de abba Amún que cuando vendían un objeto decían el precio una sola vez, y aceptaban con silencio y calma lo que querían darles. Cuando eran ellos los que compraban, daban en silencio lo que les pedían y, sin decir nada, tomaban el objeto.

99. Decía el mismo abba Agatón: “Jamás he ofrecido un ágape; sino que dar y recibir era para mí como un ágape. Pensaba, en efecto, que el provecho de mi hermano es una obra fructífera”.

100. El mismo, cuando veía alguna cosa y su espíritu quería emitir un juicio, decíale: “Agatón, no hagas eso”. Y de esta manera su espíritu estaba en paz.

101. Decía el mismo: “Aunque el iracundo resucitase a un muerto, no es agradable a Dios”.

102. Tenía abba Agatón dos discípulos que vivían como solitarios. Un día preguntó a uno de ellos: “¿Cómo vives en tu celda?”. Le respondió: “Ayuno hasta el atardecer, y luego como dos panecillos”. Le dijo: “Tu manera de vida es buena, y no impide el trabajo”. Le preguntó al otro: “¿Cómo vives tú?”. Le contestó: “Ayuno durante dos días y después como dos panecillos”. Le dijo el anciano: “Mucho te esfuerzas, luchando dos combates. Porque uno come todos los días, no se sacia y se esfuerza; otro desea ayunar dos días para llenarse después; pero tú ayunas dos días y no te sacias”.

103. Un hermano interrogó a abba Agatón acerca de la fornicación. Le dijo: “Ve, pon delante de Dios tu debilidad y tendrás descanso”.

104. Abba Agatón y otro anciano enfermaron. Mientras yacían acostados en la misma celda un hermano les leía el libro del Génesis. Llegó al lugar donde Jacob dice: “Ya no está José, ni Simeón, y ahora me lleváis a Benjamín. De esta manera enviaréis mi vejez en la tristeza al infierno”, y exclamó el anciano: “¿No te bastan los otros diez, padre Jacob?”. Abba Agatón le dijo: “Tranquilízate, anciano. Si Dios es el Dios de los justos, ¿quién lo juzgará?”.

105. Dijo abba Agatón: “Si supiese de alguien que me es muy querido pero me lleva al pecado, lo alejaría de mí”.

106. Dijo también: “Conviene al hombre estar atento a toda hora al juicio de Dios”.

107. Dijo abba José a los hermanos que hablaban acerca de la caridad: “¿Sabemos nosotros qué es la caridad?”. Y les contó sobre abba Agatón, el cual tenía un cuchillo, y que al recibir una vez a un hermano, después de saludarlo, no lo dejó marchar sin que se llevase consigo ese cuchillo.

108. Dijo abba Agatón: “Si fuera posible hallar a un leproso a quien darle mi cuerpo y recibir en cambio el suyo, lo haría con gusto. Esta es la verdadera caridad”.

109. Decíase también de él que una vez fue a la ciudad a vender sus productos, y encontró a un hombre extranjero que yacía enfermo en la calle y no tenía quién lo cuidase. Permaneció el anciano con él, alquiló una habitación que pagó con el precio de su trabajo, dedicando el resto de su dinero a las necesidades del enfermo. Así estuvo cuatro meses, hasta que el enfermo curó y el anciano volvió entonces en paz a su celda.

110. Relataba abba Daniel: “Antes que abba Arsenio viniese donde mis padres (abba Alejandro y abba Zoilo), habitaban estos con abba Agatón. Abba Agatón amaba a abba Alejandro porque era asceta y discreto. Fueron en una ocasión todos los discípulos a lavar los juncos en el río, pero abba Alejandro lavaba con medida. Los demás hermanos dijeron al anciano: El hermano Alejandro no hace nada. Deseando curarlos, le dijo (abba Agatón): Hermano Alejandro, lávalos bien, porque son de lino. Al oírlo, se entristeció. Mas el anciano lo consoló después, diciendo: ¿Acaso no sabía yo que estabas haciendo bien? Pero dije eso delante de los demás para curar su mal pensamiento con tu obediencia, hermano”.

111. Decían de abba Agatón que se esforzaba por cumplir todo lo mandado. Si viajaba en una nave, era el primero en remar; si lo recibían los hermanos, después de la oración era su mano la que preparaba la mesa. Estaba lleno del amor de Dios. Cuando se acercaba el momento de su muerte, permaneció tres días con los ojos abiertos, sin moverlos. Lo animaron los hermanos, diciendo: “Abba Agatón, ¿dónde estás?”. Les respondió: “Estoy delante del juicio de Dios”. Le dijeron: “¿Tú también temes, abba?”. Les dijo: “He hecho cuanto he podido por cumplir los mandamientos de Dios. Mas soy hombre, ¿cómo sabré si mi esfuerzo ha agradado a Dios?”. Los hermanos le dijeron: “¿No confías en el trabajo que hiciste para Dios?”. El anciano respondió: “No confío, hasta que no vea a Dios. Pues es diferente el juicio de Dios del de los hombres”. Quisieron preguntarle más, pero les dijo: “Hacedme la caridad, no me habléis más pues estoy ocupado”. Y partió con ale-

gría. Lo vieron irse como quien saluda a sus amigos y seres queridos. En todo guardaba la vigilancia, y decía: “Sin gran custodia no alcanza el hombre una sola virtud”.

112. Entró una vez abba Agatón en la ciudad para vender algunos objetos, y encontró en el camino a un leproso. El leproso le dijo: “¿Adónde vas?”. Le respondió abba Agatón: “A la ciudad a vender los objetos”. Le dijo: “Hazme la caridad y llévame hasta allí”. Lo alzó y lo llevó a la ciudad. Entonces le dijo: “Déjame donde sueles vender tus artículos”. Así lo hizo. Cuando vendió uno, le dijo el leproso: “¿Cuánto has vendido?”. Respondió: “Tanto”. Le dijo entonces: “Cómprame un dulce”. Y se lo compró. Cuando hubo vendido todo lo que había llevado y quería ya irse, el leproso le preguntó: “¿Te vas?”. Respondió: “Sí”. Le dijo entonces: “Haz nuevamente una caridad y llévame al lugar donde me encontraste”. Lo levantó y lo dejó en ese lugar. Entonces le dijo (el leproso): “Bendito seas, Agatón, por el Señor en los cielos y en la tierra”. Levantó los ojos y no vio a nadie. Era un ángel del Señor que había sido enviado para probarlo.

ABBA AMMONAS

Se trata seguramente de un discípulo de Antonio, superior de los monjes de Pispir y que después fue elegido obispo. Vivió un tiempo en Escete. Es probable que también sea autor de unas cartas, conservadas en griego y en siríaco y que tratan de la bondad de Dios.

113. Interrogó un hermano a abba Ammonas, diciendo: “Dime una palabra”. El anciano le dijo: “Ve, haz tu pensamiento como el de los reos en la cárcel. Ellos, en efecto, preguntan siempre a los hombres dónde está el jefe y cuándo vendrá, y suspiran por su venida. Del mismo modo, el monje debe siempre esperar y acusar a su alma diciendo: ¡Ay de mí! ¿Cómo podré presentarme al tribunal de Cristo? ¿Cómo ejerceré mi defensa? Si meditas esto continuamente, podrás salvarte”.

114. Decían de abba Ammonas que había matado un basilisco. Al internarse en el desierto para buscar agua del lago vio al basilisco, y se postró diciendo: “Señor, muera yo o muera él”. Y en el acto estalló el basilisco, por el poder de Cristo.

115. Dijo abba Ammonas: “Estuve en Escete durante catorce años, rogando a Dios noche y día que me otorgara la gracia de vencer la ira”.

116. Contaba uno de los padres que había un anciano en Kellia que era esforzado y llevaba una estera. Fue a ver a abba Ammonas. Vio éste al anciano llevando la estera y le dijo: “Esto no te sirve de nada”. Le preguntó el anciano: “Tres pensamientos me molestan: vagar por los desiertos, irme al extranjero donde nadie me conozca, o encerrarme en una celda sin recibir a nadie y comiendo cada dos días”. Le respondió abba Ammonas: “No te conviene realizar ninguna de estas tres cosas, más bien permanece en tu celda, come un poco cada día y lleva siempre la palabra del publicano en tu corazón. De este modo te salvarás”.

117. Unos hermanos sufrieron una tribulación en el lugar en que habitaban, y deseando abandonarlo acudieron adonde estaba abba Ammonas. El anciano estaba sobre una barca, y al verlos caminando por la costa del río dijo a los marineros: “Dejadme en tierra”. Llamando a los hermanos les habló así: “Yo soy Ammonas, a quien queríais ver”. Consolando sus corazones, los hizo regresar al lugar de donde habían partido. La dificultad no procedía del alma, sino que era una aflicción humana.

118. Quería en una ocasión abba Ammonas atravesar el río, y al ver preparado el trasbordador, subió y se sentó en él. Había otra barca que cruzaba por el mismo sitio, y llevaba pasajeros. Le dijeron: “Ven tú también, abba; atraviesa con nosotros”. El les dijo: “No subiré sino en un trasbordador público”. Tenía un ramo de hojas de palma, y estaba sentado tejiendo y deshaciendo y tejiendo nuevamente, durante el tiempo que permaneció en el trasbordador. Así atravesó el río. Los hermanos le preguntaron, haciendo una metanía: “¿Por qué has hecho esto?”. El anciano les dijo: “Para marchar sin ninguna preocupación del espíritu. Pero esto es un ejemplo, para que hagamos en paz el camino hacia Dios”.